



AFRODITA

Por Norma Novoa

Vamos a hablar de una deidad atractiva y, a la vez, en extremo compleja, se trata nada más y nada menos, de la diosa que es símbolo del hechizo que ejerce una fuerza que hace olvidar todo deber, conduciendo a decisiones que, más tarde parecen inconcebibles al mismo hechizado. Así es el deseo. Así es Afrodita, fiel representante de éste en toda su extensión, espiritual y sensitiva, que eligió como esposo para sí, al Fuego Divino, es decir la Devoción, representado por el orfebre celeste, Hefesto. Pero, como sabemos, el deseo nunca es del todo fiel, necesita de otro fuego, más apasionado y ambicioso, representado por su amante Ares, dios de la guerra, de la lucha interior entre el bien y el mal, entre la razón y la fe, lucha que a veces se torna descarnada. Ares es también avaricia, vanidad, orgullo, engaño, siempre en relación con nuestra lucha interior. Así pues, Afrodita, es la hermosura y la gracia sonriente que arrebatata.

El secreto del mundo de esta diosa, consiste en la atracción, donde no actúa un poder perverso por el cual un cruel agarra a

su presa, sino que lo fascinante quiere entregarse a sí mismo, lo delicioso se inclina hacia lo emocionado con la sinceridad del sentimiento que lo hace tanto más irresistible. Esa es la significación que acompaña a *Citera* (así la llaman los poetas), Señora del deseo terrenal y celestial. Para Empédocles, ella es la misma diosa que “*pone el amor en los corazones humanos y que produce la perfecta armonía y unidad de los grandes períodos universales*”. Pero al final hemos de comprobar que también elementos destructores pertenecen a su vasto imperio: *el mundo*. En apretada síntesis, veremos la magia envolvente de Afrodita:

Nacida del esperma del castrado Urano, el Cielo Estrellado (amputado por Cronos, el Tiempo quien todo devora y consume) que al caer sobre la tierra se mezcla con el sereno Ponto (mar-océano) y comienza a producir una blanca y arremolinada espuma de la cual surgen las olas del mar. Como vemos, no hay padres concretos, sólo Cielo, Tierra, Agua enmarcados por un Fuego iluminando la escena, todos unidos en armoniosa combinación, por tal motivo, ella ha de ser siempre la diosa de la belleza y del amor, pero no se debe creer que, bajo estas advocaciones, se trate de una deidad positiva, bondadosa y amable, pues, Afrodita presenta una vida irregular, con bastantes saltos al otro lado de la legalidad divina, burladora de humanos

y dioses y, sobre todo, seductora por afición. Ella es, en suma, la diosa del deseo y a éste hace honor.

Cuando Cronos, se rebeló y comenzó su última lucha contra el padre Urano, nadie podía suponer que la castración parricida fuera a constituirse en el acto germinal de la deidad más atractiva del Olimpo. Pero fue así; los genitales de Urano, cortados por la espada del hijo rebelde para sellar eternamente la derrota del padre, cayeron al mar y del contacto de la esperma residual (órgano reproductor, fuerza de engendrar) con las aguas del mar (movimiento emocional-mental) nació Afrodita.

“Salió del mar la augusta y bella diosa, y bajo sus pies delicados crecía la hierba en derredor. Afrodita, diosa nacida de la espuma y Citerea de bella corona, la llaman los dioses y hombres, porque nació de la espuma” (Hesíodo) De esa espuma (“Afros”) viene su nombre, y se relaciona siempre con el deseo, ambición, avidez, apetito desenfrenado y fundamentalmente, con el amor en toda su extensión. Este primer enfoque sobre su nacimiento proviene del principio de los tiempos y reina en las fuerzas indómitas del inconsciente. Ahora bien, encontramos otro enfoque a través de Homero, que sitúa su ascendencia en la unión de Zeus y Dione, ninfa hija de Océano, que daría cuenta de un origen más humano y por lo tanto un amor más vulnerable, encerrado en el tiempo y espacio. Otros dicen que fue la espuma del mar, por sí sola, lo que la engen-

dró, lo que no hay duda, es que el nacimiento de la diosa más bella se produjo entre las aguas oceánicas azules y transparentes de la costa de la isla Citera, para ser llevada más tarde amorosamente por Céfiro, dios viento del poniente, a la isla de Chipre, y la “*Nacida de la espuma*”, es la traducción literal de su nombre y, en consecuencia, el mar es su cuna. En todos los casos, se trata de la unión del mar y del cielo (de los contrarios) para dar origen al amor y la belleza

Afrodita, no sólo encarna la pasión y la hermosura sensitiva, también es ayuda invaluable en el sendero espiritual. Su origen arranca de los elementos naturales: el agua del profundo océano, el aire de los vientos de todas las latitudes, la tierra húmeda y el invisible fuego que alumbra la grandiosa claridad del primer día del mundo. Céfiro, el viento benéfico que sopla desde el oeste, y que dispersa los pétalos de rosas y flores silvestres por todo el Universo, hijo de la temprana Eos (Aurora), que sale cada mañana para anunciar un nuevo día, fue quien trasladó en volandas a la hermosa Afrodita hasta la isla Chipre, donde la recogieron las bellas doncellas que personifican las Horas (estaciones, ciclos: Eunomia u Orden, Díké o Justicia e Irene o Paz), hijas de Temis, Señora de la Justicia, para trasladarla luego a la morada de los Dioses del Olimpo.

Esta diosa del amor y del deseo, refleja una particular forma existencial del mundo como ser divino. Al significar una

sempiterna realidad que absorbe toda la existencia en su poder, proyecta su espíritu a todo el reino de los elementos y de la vida, imprimiéndole su expresión, ella sola, como deseo, es un mundo en sí: es la gracia inmanente a la belleza y sugestión que gana todas las victorias sin esfuerzo. Es el espíritu divino del anhelo y de la fuerza de engendrar, es la belleza y la gracia sonriente que arrebató. También los elementos destructores pertenecen a su mundo, como dice el poeta Ovidio “*Aquello que muchas veces nos produce una gran alegría es, a menudo, el origen de todas nuestras desgracias*”, es debido a esta oscura sombra que el resplandeciente encanto de Afrodita se transforma en un universo sensiblemente vulnerable.

Las historias que rodean a esta diosa están centradas principalmente en su papel de seductora. Sin embargo, se debe entender que las diosas antiguas del amor, eran explícitamente sensuales porque asumían la responsabilidad de la creación. En la literatura y sobre todo, en los filósofos antiguos, encontraremos a Afrodita en dos diosas diferentes, no individualizadas en el culto: *Afrodita Urania*, nacida de la espuma después de que Cronos castrase a Urano, y *Afrodita Pandemos*, la común “de todo el pueblo”, nacida de Zeus y Dione. Entre los neoplatónicos y sus intérpretes, Afrodita Urania figura como el deseo celestial, personificando el amor del alma, Platón la representa como una hija del dios Urano, concebida y nacida sin

una madre, mientras que Afrodita Pandemos está asociada con el mero amor físico, en un doble sentido, primero como diosa de placeres sensuales en oposición a “la Urania”, segundo como diosa encargada de unir a todos los habitantes de un país en un solo cuerpo (social o político): *“Todos sabemos que no hay Afrodita sin amor. En el caso, pues, de que fuera única habría tan sólo un Amor, pero como existen dos, necesariamente habrá dos amores. ¿Y cómo negar que sean dos las diosas? Una de ellas no tuvo madre y es hija de Urano, por lo cual le damos el nombre de Urania; la otra es hija de Zeus y de Dione y la llamamos Pandemos. De ahí que sea necesario también llamar con propiedad al Amor que colabora con esta última, Pandemos y al otro, Uranio.”* (Platón, Banquete)

La magia de Afrodita es la de transportar a humanos y dioses a los reinos del amor, de la pasión y la belleza que arrebatan los sentidos, buscando la trascendencia del sentimiento temporal, transformándolo en perenne. Por ello su amor es ilimitado en el tiempo, es eterno y plenamente apacible, a diferencia del humano, que es limitado o negado a favor de necesidades particulares. Afrodita es símbolo del amor vivido en su integridad, no es lo amante, sino lo amado; no es lo que posee, sino lo que arrebató. Su encanto actúa sumiendo a humanos y dioses dentro de una nube dorada, dejando atrás el plano racional. Ella sana, como amor, por medio de su hechizo

los corazones humanos y restaura su unidad con la existencia. La curación y la restauración son sus gracias innatas, y aparece cuando dos “mitades” se unen, siendo por lo tanto, la diosa de la totalidad, ya que une los dos contrarios. La magia de Afrodita representa el misterio de la transformación, debido a que el ser humano se eleva en su amor mortal al amor eterno. Ella simboliza la esencia alquímica de transformación, que busca generar nueva vida, lo cual puede estar expresado a nivel creativo o físico. Impregna a humanos y a dioses de una belleza irresistible que produce una atracción magnética, llevando a esos seres a la unión, tanto física como psicológica y espiritual. Sugiere la comunicación o comunión, debido al deseo de conocer y ser conocido, que incluye además del amor romántico, la amistad profunda, la comprensión empática, alentando la creatividad y dando como resultado el anhelo espiritual.

Esta diosa con total dominio de sí misma, determina el conocimiento que implica que el amor es una esencia que reside en el corazón de uno y no tiene nada que ver ni con la permanencia ni con la estabilidad de una relación. Es sabia en materia de correspondencias y no es temeraria, como se podría esperar de las cualidades que encarna. Protege a sus hijos y devotos ayudando a todos los seres vivos por igual. Por ello simboliza la divina llamada del amor sin ataduras sentimentales que podrían apresar al ser amado.

La misma magnificencia que colma toda la naturaleza hizo al mar lugar de su revelación. Su llegada alisa las olas haciendo relucir la superficie acuática como una joya preciosa. Ella es el divino encanto de la calma marina y de la travesía afortunada, de la superficie acuática y de la naturaleza floreciente. En forma más hermosa lo expresó Lucrecio: *“De ti, diosa, huyen los vientos y las nubes del cielo cuando te acercas. Para ti la tierra hace brotar el adorno de las deliciosas flores, a ti te sonrío la superficie del mar, y calmada, resplandece la reluciente amplitud del cielo.”* Como en el mar, el milagro de Afrodita se realiza también en el reino de la tierra. Se revela en el encanto florido de los jardines sagrados. Es reina de las flores primaverales, en particular de las rosas. La primavera es su gran época.

Podemos decir que ella es como la delicia del abrazo amoroso, a través de ella nos llega el deseo de conquistar las cosas de este mundo, y también esta maravillosa diosa es esa causa omnipotente que nos mueve a buscar al *“Supremo Objeto del deseo”*, es decir, a *Dios Nuestro Señor*.

“Cantemos al linaje de aquella que nació de la espuma de las olas. Cantemos al real e inmenso origen de donde partieron, alados, los inmortales deseos.

De éstos, los unos traspasan las almas con sus dardos espirituales, y las incitan, heridas ya por el agujón de la nos-

talga, a ascender hacia lo alto, buscando ardientemente el poder volver a ver, resplandecientes como la llama del Fuego, las habitaciones de su Madre...”

Proclo

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
